

NUESTRA SEÑORA DE LA MISERICORDIA.

Quis adjiciet enarrare misericordiam ejus?

¿Quién emprenderá el contar sus misericordias?

(ECCL. XVII, 4.)

Fué costumbre entre los antiguos pueblos establecer lugares de asilo y de refugio para los criminales. Entre los romanos, estos lugares eran algunos templos, entre los griegos algunos altares, y entre los hebreos algunas ciudades enteras, donde no podían ser molestados los delincuentes.

Hoy estos asilos ya no existen. La justicia humana ha querido deshacerse de toda traba y librarse de todo impedimento. El fugitivo, una vez llegado á uno de aquellos templos, á uno de aquellos altares, ó dentro de aquellas ciudades que se conocían como lugares de refugio, podía respirar en paz y vivir con seguridad. En nuestros días puede ser cojido y llevado á la cárcel cualquier criminal, aún hallándose dentro de los templos.

Mas, si así lo ha establecido la justicia humana, derogando las antiguas costumbres, no las ha derogado la justicia divina. Esta justicia, aún en sus mismos rigores, nos ofrece siempre una ciudad de asilo, y en medio de sus mismos provocados castigos, nos muestra un lugar de refugio; y una tal ciudad, y un tal refugio, donde puede ampararse el delincuente con toda confianza, aún cuando estuviere manchado con las más enormes iniquidades, se encuentra en la piadosa misericordia de María. ¿Y quién podría decir con cuanta bondad la bendita Madre de las gracias acoge á los infelices pecadores que invocan su patrocinio? ¿Quién podría enumerar las muchísimas personas que encontraron en Ella á la más tierna amiga y á la más generosa bienhechora? Debiendo hablaros de esta magnánima misericordia, amados hermanos, y no pudiendo de ninguna manera abar-

car todo el vastísimo argumento, procuraré al ménos indicaros del mejor modo posible los motivos por los cuales debemos reconocer en María la Reina de la Misericordia, y ampararnos en Ella como verdadera y piadosa ciudad de asilo. Todo cuanto pueda yo decir, hermanos míos, en esta fausta ocasión, será una imágen muy débil de la suma bondad, cuyo elogio me habeis encomendado; sin embargo, me complazco en figurarme, que por poco que sea cuanto diga, será siempre lo bastante para aumentar vuestra devoción para con María Santísima, é infundir mayor confianza en vuestros corazones relativamente á su misericordia. A. M.

Empiezo, hermanos míos, por recordaros la misma palabra de Dios, como la que nos manifiesta claramente la misericordia de la beatísima Virgen. ¿Y qué duda podríamos tener acerca de esta misericordia, ya que nos lo declaró plenamente el Señor? Y fué, precisamente, el Señor quien enseñó, desde el principio, al hombre necesitado de misericordia, que toda ella debíamos esperarla de María. En efecto; el hombre empezó á necesitar mucha misericordia el día que, llevado de un desordenado apetito de gloria, seducido por la serpiente infernal, se rebeló contra los divinos mandatos. Entónces, acercándose al árbol prohibido y gustando de la fruta vedada, luego de haber pecado, tuvo necesidad de una piadosa misericordia que le librase de los rayos de la irritada justicia. Pues bien; entónces fué cuando Dios habló en el Paraíso terrenal; fué entónces cuando indicó á la Mujer en la cual encontramos la más bella y admirable misericordia. Los dos autores del género humano estaban humillados y confusos, la sentencia de la maldición resonaba en sus oídos; ellos se sentían condenados con toda su posteridad, cuando el Señor hizo brillar la luz en medio de las tinieblas, el consuelo y la esperanza en medio de la consternación y del desaliento. Los reanimó en el mismo instante de castigarles; en el acto mismo que los castigaba, les mostró donde podían hallar un asilo y un consuelo. Este asilo y este consuelo se refería á María. Hablaba de María, cuando anunció á la serpiente infernal la Mujer que debía aplastarle la cabeza; de María hablaba cuando dió á conocer, que en medio de las miserias derramadas sobre la tierra por obra de la culpa, vendría una Mujer mensajera de paz y de salvación. Así, en la misma entrada del hombre en el mundo, en frente de todas las revelaciones, por encima de todas las profecías, y al principio de todas las promesas, hallamos, que el primer oráculo proferido por los labios de Dios, ansioso de miseri-

cordia, se refería á María, y que la esperanza de María enjugó la primera lágrima que derramára el género humano.

La palabra de Dios no se limitó tan solo á lo que prometió en el Edén, sino que habiendo manifestado de siglo en siglo sus designios por medio de hombres escogidos, confirmó continuamente de siglo en siglo aquel primer oráculo. No cabe duda que María resplandece en los vaticinios de los Profetas, en los símbolos de los Patriarcas, y que en todo el Antiguo Testamento fué suspirada constantemente por espacio de cuatro mil años. Indicaban á María, David, cuando hablaba del Cielo, desde donde el Señor mira benigno á los hijos de los hombres; Daniel, cuando hablaba del monte de donde procede el Santo de los Santos; Isaias, cuando hablaba de la vara, de cuya raiz nace la flor de la sabiduría y del consejo. Indicaban á María, Jeremías, cuando anunciaba que Dios criaría una cosa nueva entre las cosas criadas; Salomon, cuando indicaba que vendría Aquella, que llena de gracia, es la Madre de la esperanza y del amor; Ezequiel, cuando decía ver la Puerta, por donde pasaría el Señor para borrar la iniquidad de Jacob. Y cuando se hablaba de una madre, que no puede olvidar el fruto de su vientre, se indicaba á María, del mismo modo que se indicaba á María cuando se hablaba de Aquella, que enriquece de espirituales dones á sus devotos, los colma de gracias y los consuela con continuos beneficios. En fin, cuanto han dicho los Profetas de Sion, cuanto han significado los varones eminentes de la nacion hebrea, y cuanto aparecía como signo de esperanza en la antigua alianza, todo se refería á María. Por lo tanto, podemos concluir, que la palabra de Dios, ora considerada en sí misma, ora considerada en los vaticinios de los Profetas y en los símbolos de los Patriarcas, empezando por la aurora de los siglos y manifestándose con mayor resplandor de edad en edad, ha mostrado á María como la protectora de los hombres, su refugio y su asilo; y, por lo mismo, como á Aquella que estaría llena de piadosa misericordia para con el género humano.

Llegan por fin los tiempos deseados, las profecias se realizan, y se cumplen las figuras; María viene al mundo. Y hé aquí que á la primera se añade una segunda palabra; y esta palabra, lo mismo que aquélla, abre á la vista de los hombres un nuevo campo de consuelos y de esperanzas. Esta segunda palabra es la palabra del Verbo hecho carne, es la palabra de Jesucristo. Venido á redimir la condenada descendencia de Adán, y á romper las cadenas que la tenían aherrojada al Infierno, Jesucristo, despues de haberse hecho hijo de María;

despues de haber por Ella obrado sus primeros milagros, santificando al Bautista y convirtiendo el agua en vino en las bodas de Caná; despues de haber vivido en su compañía por espacio de treinta y tres años como el hijo más sumiso y cariñoso, próximo á cumplir la obra de la redencion, nos invita, con una de sus más bellas y caras palabras, á acudir en toda ocasion y llenos de confianza á María. Era el día de la pasion, era la hora de la agonía, era el momento de la muerte; y el Hijo del Altísimo, que de mil modos se nos manifestó ya como el padre de todas las misericordias, quiso, para abrir mayormente nuestros corazones á la alegría, mostrarnos el corazon en que podíamos encontrar el más caro consuelo y la más tierna compasion. Este corazon es el Corazon de María. Y para que no quepa la menor duda, de que manera el Corazon de María sea lleno de bondad para con nosotros, la declaró nuestra Madre. De esta suerte el Calvario se une al Edén, la consoladora palabra pronunciada en el Paraiso terrenal es confirmada en el monte donde se cumple nuestra redencion; y ambas palabras, uniéndose en un beso de amor por el espacio de cuarenta siglos, dicen y confirman que María es toda misericordia, y que nosotros debemos considerarla siempre como á la Reina de la misericordia.

Y la Iglesia comprendió bien la palabra, que señala en María la Madre y la Reina de misericordia. En efecto; nos bastará considerar un poco las oraciones que acostumbra dirigirle, para ver que está muy persuadida de esta verdad, y que toda misericordia viene de Aquella, que en el Edén y en el Calvario se nos mostró con soberana plenitud llena de la más cara y tierna misericordia. Yo no haré más que recordaros algunas de esas oraciones, lo cual será más que suficiente para concluir con entera seguridad acerca del particular.

En primer lugar, recuerdo la Salutacion angélica, que es á la vez toda una profesion de fé y una oracion, puesto que mientras se repiten las sublimes palabras del Arcángel á la beatísima Virgen, que le anunciaba el grande misterio de su divina maternidad y de Elisabeth, que en ella veneraba profundamente este misterio, se suplica tambien á la augusta Señora, que nos mire con ojos compasivos, é interceda cerca de Dios en obsequio de nosotros, pobres pecadores. Recuerdo la *Salve Regina*, que atribuida á Ermanno Contrato, repetida por el pueblo cristiano, celebrada por los Doctores y adoptada por la Iglesia, puede considerarse como el cántico del alma que, desde el destierro, aspira al Cielo, y en la cual llamándose á María vida nuestra, nuestra dulzura, esperanza nuestra, y suplicándola que, abogada

nuestra, nos mire con los ojos de su clemencia y de su benignidad, se espera y se confía de Ella todo benévolo patrocinio. Recuerdo las Letanías, en las cuales, entre otros títulos tributados á la Virgen, están tambien los de arca de la alianza, puerta del Cielo, causa de nuestra alegría, consuelo de los afligidos, auxilio de los cristianos, refugio de pecadores; los cuales no podrían convenirle si Ella no fuese toda misericordia, ó su misericordia no fuese piadosísima, y maternal. Y lo mismo puede decirse de la Misa, puesto que la Iglesia nos recuerda constantemente á María en todo el curso del santo Sacrificio, y á Ella dirige continuamente sus preces para conseguir la gracia de la divina misericordia. Lo mismo puede decirse del Oficio, puesto que cada una de sus partes se abre, uniéndose á la oracion dominical la Salutación angélica, y se concluye siempre con una antifona, en la que con palabras conmovedoras se invoca el misericordioso socorro de la Madre del Salvador. Lo mismo puede decirse de tantas y tantas festividades que celebra la Iglesia, en las que solemniza, ora los misterios propios de la Virgen, ora su virtud, ora su gloria, ora su protección, y en las cuales se recurre á Ella como á un patrocinio saludable y potentísimo.

Lo hasta aquí expuesto, hermanos míos, y lo mucho que por la premura del tiempo no he podido decir, y que fácilmente puede añadirse á lo que he dicho, ¿no demuestra de un modo clarísimo y sin la menor duda, cuáles son respecto á María los sentimientos de la Iglesia? Y en realidad, la Iglesia no daría tan grande parte á la Virgen en sus homenajes, no le dirigiría tantos votos, no le elevaría tantas plegarias, no la honraría en tan gran manera, si no reconociese poderosísimo su patrocinio, y si no esperase toda clase de bienes de su protección. Es preciso, pues, decir, que la Iglesia ha recogido la palabra del Edén y la del Calvario, y que, interpretándolas en su verdadero y genuino significado, reconoce y venera en María á la Reina y á la Madre de la misericordia.

Y si ahora, hermanos míos, quisiese yo repetir algunas de las muchas cosas, que fácilmente podría encontrar en los libros de los santos Padres y de los Doctores, ¿con qué magníficos elogios no veríais ensalzada esta preciosísima prerogativa de María? Oid á S. Buenaventura, que, llamándola Nuestra Señora, Nuestra Abogada, Nuestra Mediadora, la dice misericordiosísima. Oid á S. Pedro Damiano, pues llamándola Virgen y Madre, fecunda en su virginidad é inmaculada en su maternidad, no sabe encontrar en Ella más que abundantísima misericordia. Oid á Santo Tomás de Villanueva, que hablando de la

misericordia de María, dice, que es inmensa, puesto que abraza como á sus propios parvulillos, que ama como á sus propios hijos, desde los incultos salvajes de la Etiopía hasta los pecadores más empedernidos. Y Ricardo de S. Víctor afirma, que no puede tener la más remota noticia de una desventura cualesquiera, sin correr compasivísima á remediarla. Y San Bernardo asegura, que en María todo es piedad, todo es mansedumbre y clemencia, de un modo tal, que no hay sér alguno que no participe de su benignidad. Y Ricardo de San Lorenzo sostiene, que María fué constituida Madre de la misericordia, precisamente, para salvar á aquellos que deberían ser condenados por la divina justicia. Y San Antonino declara, que así como María supera por sus méritos, por la gracia, por la gloria, á todos los Santos, los supera tambien por lo entrañable de su misericordia.

Mas, porque no creais que solo estos Santos y Padres de la Iglesia reconocen y aseguran en María tanta misericordia, he de recordaros, hermanos míos, algunos otros testimonios de hombres célebres en la historia del mundo, que producirán, aún en aquellos que abrigan alguna injusta prevención contra los ministros de la Iglesia, mayor impresion. Cristóbal Colón, en medio de los dolores y aflicciones que tan frecuentemente trabajaron su vida, acudía siempre á María, seguro de que en esta Madre piadosísima había de encontrar la compasión más sincera, el socorro más eficaz. Pizarro, persuadido de que en María hallan siempre los aflijidos poderosísimo consuelo, edificó en Lima un magnífico templo consagrado á la Asunción, invitando á todos á acudir allí en la seguridad de ser consolados. Andrés Doria, penetrado por hechos mil de la inmensa misericordia que atesora el patrocinio de María, y deseoso de conquistárselo para sí, recitaba diariamente el Oficio de la Virgen. Duguesclin, llamado á pelear como general en jefe en los campos de batalla, no acometía empresa alguna de guerra sin invocar ántes el nombre de María, no dudando que de este modo tenía segura la victoria y la salvacion.

Y si hubiese de acudir al testimonio de seglares que vivieron más próximos á nosotros, no me faltarian en este mismo siglo nuestro, tan contrario á las prácticas devotas y á las aspiraciones religiosas, ejemplos elocuentísimos. El valeroso general Pelissier, uno de los héroes de Crimea, se gloriaba de llevar sobre el pecho la medalla de la Virgen Santísima, confesando clara y francamente, que en los más graves peligros había experimentado su prodigiosa protección. Canrobert, generalísimo de la armada de Oriente, besaba con confianza y veneraba con amor la medalla de la Inmaculada que le había dado,

al partir á la guerra, la emperatriz de los franceses. Mac Mahon, cuyo valor y pericia militar es de todos conocida, despues de los laureles ganados en las veinte batallas que se vió obligado á reñir, en accion de gracias á las muchas mercedes de María recibidas, efectuó una devota peregrinacion al santuario de Einsielden en Suiza. Y aún podría prolongar esta extensa enumeracion, puesto que en este mismo siglo, en que todo es positivismo y materia, mil y mil corazones, al solo suavísimo nombre de la Virgen, sienten desarrollarse en el pecho los más nobles y más dulces afectos.

Ante espectáculo tan consolador, que de consuno pregonan la historia y la experiencia, ¿quién no reconocerá en María la Madre de la misericordia? ¡Ah! cuando no supiésemos quien es María, cuan grande el tesoro de bondad que su corazon encierra, cuanta ternura y clemencia guarda en su ánimo, bastarían ciertamente á declarárnoslo el que hombres sapientísimos han celebrado con toda suerte de afectuosos elogios su grandísima misericordia. ¿Quién, pues, no querrá unir su voz á los himnos que por dó quiera resuenan en todo el órbe católico? ¿Quién no querrá unir sus homenajes á los que le vienen tributando todos los siglos cristianos? ¿Quién podrá permanecer mudo é insensible en medio de este coro con que se ensalza y glorifica la misericordia de María?

Y si quereis conocer, hermanos míos, por qué razon podemos y debemos confiar tanto en la ilimitada misericordia de María, sabed, que esta razon es, que Ella fué constituida corredentora del mundo por su destino providencial, así como por su dignidad fué elegida Madre del Redentor de los hombres. Es corredentora del mundo, y desea que todo el mundo se salve; es Madre del Redentor de los hombres, y desea que ningun hombre se pierda. Es corredentora del mundo, y anhela aumentar siempre con nuevas adquisiciones la obra de salvacion por la cual su Hijo tanto ha padecido, y tanta sangre de sus venas fué vertida; es Madre del Redentor de los hombres, y recuerda continuamente la recompensacion que se le hizo cuando Jesús, desde la Cruz, le encomendaba la salvacion de todos los hombres. Es corredentora del mundo, y no quiere que las asechanzas de Satanás obtengan la victoria; es Madre del Redentor de los hombres, y quiere que todos los redimidos por su Hijo alcancen la salvacion. ¡Ah! sí; del mismo modo que allá, sobre la ensangrentada cumbre del Gólgota, el desmesurado afecto con que el moribundo Jesús amaba á todos los hombres, le obligó á abrir los brazos para acogerlos á todos como á hijos, así tambien el recuerdo de aquella pasion, de aquella agonía,

de aquella muerte, entenece siempre las maternas entrañas de la Santísima Virgen, y se muestra riquísima de generosa misericordia.

Aún cuando nos sintamos reos de mil culpas, aún cuando por mucho tiempo háyamos permanecido en el fango del vicio, aunque sea grande el número de nuestros pecados, y sea mayor que el de los cabellos de nuestra cabeza, no por eso debemos desesperar de la misericordia de María. Ella es siempre misericordiosa, misericordiosa aún para aquellos que no le son devotos, aún para aquellos que no tienen esperanza, aún para aquellos que no saben donde encontrar socorro, ó á cual patrocinio confiarse. Diríjanle una mirada, díganle una palabra, elévenle arrepentidos una plegaria, y, ya que no pueda ser para ellos el asilo seguro de la inocencia, será el refugio del arrepentimiento. Sabrá hacerles fácil el camino de la salvacion, cubrirá de flores las dulces cadenas del amor santo, y en el fondo del cáliz que debe beberse para observar la divina ley, les hará encontrar la miel. Jamás supo empuñar el azote de la divina justicia, sus manos no han tocado nunca los rayos de la venganza superna; su trono está fundado todo sobre la misericordia, mejor dicho, toda Ella es la misericordia misma.

Y precisamente por esto María, no solo no tiene jamás en sus manos los rayos de la justicia, sinó que, por el contrario, los aparta de aquellos contra quienes estaban prontos á caer, por haber audazmente trasgredido los divinos mandatos. Los Israelitas, con su ingratitud, con su idolatría, habían provocado la ira del Señor, y fueron condenados en su jefe. Ellos, en pena de su culpa, debían caer bajo la guadaña de la muerte, cuando Moisés, siervo fidelísimo de Dios, aterrado con la sentencia fulminada contra su pueblo, se prosterna á los piés del Señor, pídele piedad, y con lágrimas en los ojos, con suspiros en los lábios, exclama: Perdonad, oh gran Dios, á este pueblo, ó borradme del libro de la vida (1). Ante esta súplica, ante este voto, ante este grito de un alma tiernísima, se aplaca la ira del Eterno, desármase la espada de su rigor, y el pueblo de Israel es perdonado. Lo mismo repítese continuamente por nosotros. Nosotros, más que los Israelitas, con nuestra iniquidad olvidamos los deberes, profanamos el nobilísimo título de cristianos, desconocemos á Dios, y Dios alza su mano sobre nuestra cabeza, toma la actitud de juez, y se prepara á castigarnos. ¡Ah! ¿quién podrá interceder por nosotros? ¿Quién podrá, en obsequio nuestro, interponerse ante el trono de la divina

(1) EXOD., XXXII, 32.

justicia? ¿Quién podrá...? María, hermanos míos, hé ahí á nuestra Madre, á la Reina de la misericordia. Ella intercede por nosotros, su voz se abre paso hasta el Corazon de su divino Hijo, su intercesion convierte en salutífero rocío de bendicion la saeta de muerte, y quedamos libres del merecido castigo, más que por mediacion de Moisés lo fué el pueblo israelítico.

Valor, pues, hermanos míos, valor. En medio de las asechanzas del mundo, entre las seducciones del siglo, entre los depravados instintos de la carne, entre las tentaciones del Infierno, aproximémonos al altar de esta Virgen bendita, cuya misericordia es nuestra esperanza, nuestra salvacion y nuestra vida. Acérquense á él los justos, y encontrarán el más sólido apoyo para perseverar en el bien; acérquense á él los pecadores, y hallarán allí su refugio, su abogada, su poderosa mediadora cerca del trono de Dios. Pongamos toda nuestra confianza en esta Madre clementísima; apresurémnos á tener su dulce Nombre en nuestra boca, en nuestro corazon, invocándola en nuestras miserias, en nuestros peligros; y con el apoyo de su patrocinio podremos sacudir nuestra debilidad, levantarnos de la corrupcion en que está sumergida nuestra naturaleza, elevándonos á la region de la paz y de la gracia. Por difícil que sea nuestro viaje en el tempestuoso mar de este mundo, cuando el alma se vea arremetida por furiosos embates, cuando soplen terribles los vientos de la tribulacion, cuando retumbe fragoroso el trueno de la tentacion, recurramos á la piadosa Virgen, y seremos libres del naufragio. Estad seguros, hermanos carísimos, que María no se mostrará sorda á nuestro llamamiento, que nos alargará la mano, nos guiará en el camino, y nos hará experimentar los efectos de su maternal misericordia.

NUESTRA SEÑORA DE LA MODESTIA.

Modestia vestra nota sit omnibus hominibus.

Sea vuestra modestia patente á todos los hombres.

(PHILIP. IV, 5.)

Se ha dicho servilmente de Augusto, que él era la obra de los siglos, y que desde los días de la creacion, la naturaleza multiplicaba de año en año sus industrias para producirle. Ahora bien; este encomio, que encierra un exceso de exageraciones, de hipérboles y de absurdos tratándose de aquel César, es ciertísimo con respecto á la Virgen, que salió de Nazareth para consuelo del género humano. En efecto; María es la flor de las antiguas generaciones, la maravilla de la creacion, y la bellísima entre todas las criaturas. Sus mejillas eran más dulces que la miel y su cuello más blanco que el marfil. Jamás ninguna hija de hombre reunió en sí tantas perfecciones; ninguna descendiente de Adán se vió jamás adornada de tantas gracias.

No era solo la belleza física la que hacía á María extraordinaria y singular obra de la creacion; sus gracias exteriores se manifestaban en Ella como un velo trasparente de las interiores gracias del alma. Sus virtudes eran tan bellas y tan atractivas, que no ha existido ni existirá jamás criatura alguna que pueda igualarlas. A Ella debieron ceder sus laureles todos los preclarísimos ingenios, y fué la más bella entre todas las mujeres porque, indudablemente, era la más santa entre todas las hijas de Eva.

Si el primer ornamento de la santidad es la modestia, sin la cual no se adquieren méritos ante los hombres ni ante Dios, solo con la excelencia de esta virtud se comprende muy bien, que María fué modestísima, y que con razon sea saludada con la advocacion de Nuestra Señora de la Modestia.